

[Chiesa/Testi/Battesimo/BautismoCatequesisFrancisco(5)LaRegeneración]

➤ *El sacramento del Bautismo (4). Catequesis de Papa Francisco (2018). La regeneración. En el Bautismo se sepulta el hombre viejo, con sus pasiones engañosas, para que renazca una nueva criatura; en verdad lo viejo pasó, y ha nacido lo nuevo. Si nuestros padres nos han generado a la vida terrena, la Iglesia nos ha regenerado a la vida eterna en el Bautismo. Hemos sido hechos hijos en su Hijo Jesús. La vocación cristiana está toda aquí: vivir unidos a Cristo en la santa Iglesia, partícipes de la misma consagración para realizar la misma misión, en este mundo, dando frutos que duran para siempre. Participar del sacerdocio de Cristo significa hacer de sí mismo una ofrenda agradable a Dios. Dándole testimonio por medio de una vida de fe y de caridad, poniéndola al servicio de los demás, según el ejemplo del Señor Jesús.*

❖ Cfr. Catequesis de Papa Francisco, Audiencia General
Miércoles, 9 de mayo de 2018

Catequesis sobre el Bautismo: 5. La regeneración.

1, En el Bautismo se sepulta el hombre viejo, con sus pasiones engañosas, para que renazca una nueva criatura; en verdad lo viejo pasó, y ha nacido lo nuevo.

❖ La Iglesia que nos hace nacer, la Iglesia que es seno, es madre nuestra por medio del Bautismo. Si nuestros padres nos han generado a la vida terrena, la Iglesia nos ha regenerado a la vida eterna en el Bautismo. Hemos sido hechos hijos en su Hijo Jesús.

La catequesis sobre el sacramento del Bautismo nos lleva a hablar hoy del santo lavatorio acompañado de la invocación de la Santísima Trinidad, o sea el rito central que propiamente “bautiza” –es decir, sumerge– en el Misterio pascual de Cristo (cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, 1239).

El sentido de este gesto lo recuerda san Pablo a los cristianos de Roma, primero preguntando: «¿No sabéis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados para unirmos a su muerte?», y luego respondiendo: «Pues fuimos sepultados juntamente con él mediante el bautismo para unirmos a su muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva» (Rm 6,3-4). El Bautismo nos abre la puerta a una vida de resurrección, no a una vida mundana. Una vida según Jesús.

¡La fuente bautismal es el lugar donde se hace Pascua con Cristo! Se sepulta el hombre viejo, con sus pasiones engañosas (cfr. Ef 4,22), para que renazca una nueva criatura; en verdad lo viejo pasó, y ha nacido lo nuevo (cfr. 2Cor 5,17).

En las “Catequesis” atribuidas a San Cirilo de Jerusalén se explica así a los recién bautizados lo que les ha sucedido en el agua del Bautismo. Es bonita esta explicación de San Cirilo: «En el mismo momento habéis muerto y habéis nacido, y aquella agua llegó a ser para vosotros sepulcro y madre» (n. 20, Mistagógica 2,4: PG 33, 1079-1082). El renacer del nuevo hombre exige que sea reducido a polvo el hombre corrompido por el pecado. Las imágenes de la tumba y del seno materno referidas a la fuente, son bastante incisivas para expresar lo mucho que sucede mediante los simples gestos del Bautismo. Me gusta citar la inscripción que se encuentra en el antiguo Baptisterio romano del *Laterano*, donde se lee, en latín, esta expresión atribuida al Papa Sixto III: «*Virgineo fetu genitrix Ecclesia natos quos spirante Deo concipit amne parit. Caelorum regnum sperate hoc fonte renati*»: La Madre Iglesia da a luz virginalmente mediante el agua a los hijos que concibe por el soplo de Dios. Cuantos habéis renacido de esa fuente, esperad el reino de los cielos.

Es bonito: la Iglesia que nos hace nacer, la Iglesia que es seno, es madre nuestra por medio del Bautismo. Si nuestros padres nos han generado a la vida terrena, la Iglesia nos ha regenerado a la vida eterna en el Bautismo. Hemos sido hechos hijos en su Hijo Jesús (cfr. Rm 8, 15; Gal 4,5-7). También sobre cada uno de nosotros, renacidos del agua y del Espíritu Santo, el Padre celeste hace sonar con infinito amor su voz que dice: «Tú eres mi hijo amado» (cfr. Mt 3,17). Esa voz paterna, imperceptible al oído, pero bien audible por el corazón de quien cree, nos acompaña toda la vida, sin abandonarnos nunca. Durante toda la vida el Padre nos dice: “Tú eres mi hijo amado, tú eres mi hija amada”. Dios nos quiere mucho, como un Padre, y no nos deja solos. Esto desde el momento del Bautismo. ¡Renacidos como hijos de Dios, lo somos para siempre! El Bautismo de hecho no se repite, porque imprime un sello espiritual indeleble: «Este sello no es borrado por ningún pecado, aunque el pecado impida al Bautismo dar frutos de salvación» (Catecismo de la Iglesia Católica, 1272). ¡El sello del Bautismo nunca se pierde! “Padre, pero si una persona se convierte en bandido, de esos tan famosos, que mata gente, que hace injusticias, ¿el sello se va?”. No. Para su propia vergüenza, el hijo de Dios que es ese hombre hace esas cosas, pero el sello no se va. Y sigue siendo hijo de Dios, que va contra Dios, pero Dios nunca reniega de sus hijos. ¿Habéis entendido esto último?

Dios jamás reniega de sus hijos. ¿Lo repetimos todos juntos? “Dios nunca reniega de sus hijos”. Un poco más fuerte, que yo o soy sordo o no lo entiendo: [repite más fuerte] “Dios nunca reniega de sus hijos”. Bueno, así mejor.

2. La vocación cristiana está toda aquí: vivir unidos a Cristo en la santa Iglesia, partícipes de la misma consagración para realizar la misma misión, en este mundo, dando frutos que duran para siempre.

- ❖ Todo el Pueblo de Dios participa de las funciones de Jesucristo, “Sacerdote, Rey y Profeta”.
 - **Participar del sacerdocio de Cristo significa hacer de sí mismo una ofrenda agradable a Dios. dándole testimonio por medio de una vida de fe y de caridad , poniéndola al servicio de los demás, según el ejemplo del Señor Jesús.**

Incorporados a Cristo por el Bautismo, los bautizados son pues conformados a Él, «el primogénito entre muchos hermanos» (Rm 8,29). Mediante la acción del Espíritu Santo, el Bautismo purifica, santifica, justifica, para formar en Cristo, de muchos, un solo cuerpo (cfr. 1Cor 6,11; 12,13). Lo expresa la unción crismal, «por la que se significan el sacerdocio real del bautizado y su agregación al pueblo de Dios» (Rito del Bautismo de Niños, n. 73 c). Por tanto, el sacerdote unge con el santo crisma la cabeza de cada bautizado, tras haber pronunciado estas palabras que explican su significado: «Dios todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que os ha liberado del pecado y dado nueva vida por el agua y el Espíritu Santo, os consagre con el Crisma de la salvación para que entréis a formar parte de su pueblo y seáis para siempre miembros de Cristo, sacerdote, profeta y rey» (ibíd., n. 129).

Hermanos y hermanas, la vocación cristiana está toda aquí: vivir unidos a Cristo en la santa Iglesia, partícipes de la misma consagración para realizar la misma misión, en este mundo, dando frutos que duran para siempre. Animado por el único Espíritu, todo el Pueblo de Dios participa de las funciones de Jesucristo, “Sacerdote, Rey y Profeta”, y comporta las responsabilidades de misión y servicio que se derivan (cfr. Catecismo de la Iglesia Católica, 783-786). ¿Que significa participar del sacerdocio real y profético de Cristo? Significa hacer de sí una ofrenda agradable a Dios (cfr. Rm 12,1), dándole testimonio por medio de una vida de fe y de caridad (cfr. Lumen gentium, 12), poniéndola al servicio de los demás, según el ejemplo del Señor Jesús (cfr. Mt 20,25-28; Jn 13,13-17). Gracias.

www.parroquiasantamonica.com

VIDA CRISTIANA